

Jugar la historia de un mozo de Coreo, llamado Caya, en quien quiso el cielo mostrarnos los caminos de la Providencia, ó á lo ménos algunos de sus infinitos recursos en la vocación de los infieles, que con los auxilios comunes de la gracia se esfuerzan por observar la ley natural (4). Tenia Caya muy pocos años, cuando sintió un vehemente deseo de la verdadera felicidad, de una felicidad que no tuviese fin. Luego que llegó á tener uso de razon, pensó con seriedad en los medios de adquirir lo que deseaba; y á este efecto se retiró á un desierto, donde vivió mucho tiempo sin otra morada que una caverna. Allí pasaba una vida muy inocente y aun muy austera, absteniéndose de todo lo que no era absolutamente necesario, y tratando continuamente de los medios de conseguir la felicidad verdadera. Una noche que se habia quedado dormido pensando en este objeto, se le apareció un hombre de celestial presencia, le alentó y le ofreció que al año siguiente llegaria al término de sus deseos. No se habia cumplido el año cuando invadieron los japones la Corea, y le hicieron esclavo. Habiendo naufragado el navio que le llevaba al Japon, le arrojó en la costa, sin que pareciese su amo, el cual es probable que habria muerto en el mar, y como quiera que sea, recobró el esclavo su libertad. Viéndose libre siguió el camino de Meaco, y se retiró á un convento de bonzos muy famosos, donde se prometia encontrar lo que buscaba con tanto anhelo. Pero no tardó en descubrir cuánto se habia equivocado; lo que le causó una pesadumbre tan grande, que perdió la salud, al ver frustradas sus esperanzas. Apenas se restableció abandonó aquella casa, y el mismo dia en que salió de ella encontró á un cristiano, á quien contó con claridad sus trabajos y aventuras. Este le presentó inmediatamente á los jesuitas, los cuales le dieron noticia de nuestros santos misterios. Como buscaba sin-

(1) Hist. del Jap. l. 22. fol. 140. verso.

ceramente la verdad, la abrazó al momento que tuvo la dicha de conocerla, y pidió el bautismo. Habiéndole enseñado un misionero un cuadro de Nuestro Señor Jesucristo cuando se le estaba instruyendo: «Ay! padre mio (esclamó), ese es el que vi yo en mi caverna, y el que me ofreció la suerte feliz que por último he logrado.» Aquella alma, favorecida con unas señales tan claras de predestinación, dió ejemplos admirables de todas las virtudes. No consintió el neófito en separarse de los misioneros que le habian instruido, los acompañó, como catequista, en sus viajes mas difíciles y peligrosos, y al fin fué preso y quemado á fuego lento por su adhesión á la fe. Fué esta una de las primeras víctimas sacrificadas despues del corto descanso que el emperador habia otorgado á los fieles, para dedicarse enteramente á subyugar los reyes del Japon. Reducidos estos á la clase de simples vasallos, ó por mejor decir, deviles esclavos, dieron prisa todos aquellos soberanos degradados á hacerle la corte, maltratando á porfia á los cristianos, y disputándose la gloria de inventar los mas crueles suplicios, como el medio mas seguro de conseguir el favor del tirano comun. Entonces la pena del fuego pareció un tratamiento muy suave, y se pusieron en ejecucion todos los inventos de la mas bárbara crueldad. Algunos holandeses, que presenciaron estas inhumanidades, hablan de ellas con horror. A unos (dicen) les arrancaban las uñas, á otros les taladraban los brazos y las piernas con barrenos, y á los mas les metian lesnas entre uña y carne, cuya operacion se seguia por espacio de muchos dias. Arrojábanlos en hoyos llenos de vívoras, les ataban á la nariz unos canutos llenos de azufre y de otras materias mas desagradables, les aplicaban fuego y soplaban con fuerza para que tragasen todo el humo, lo cual les causaba unas sofocaciones, unas convulsiones y unos dolores inexplicables. Clavábanles por todo el cuerpo cañas puntiagudas; les aplicaban hachas en-

ciendidas á las partes mas sensibles del cuerpo; los colgaban, y descargaban sobre ellos tantos azotes que quedaban descarnados los huesos, se les clavaba tambien en cruz en uñas yigas y se les obligaba á llevarlas hasta que caian sin sentido. Para desgarrar á un mismo tiempo el corazón y el cuerpo de las madres, las herian los verdugos con las cabezas de sus propios hijos á quienes cojian por los pies y redoblaban sus brutalidades á medida que estas inocentes víctimas daban mayores gritos.

A una señora muy distinguida, llamada Susana, la desnudaron del todo, ultragó mil veces mas insufrible para las mugeres del Japon que todos los suplicios; y en este estado la colgaron de los cabellos á un árbol, en ocasion de soplar un frio muy penetrante. Tenia consigo una niña de pecho, á la cual desnudaron del mismo modo, y la ataron á los pies de la madre. Al cabo de tres horas desataron á esta y la volvieron sus vestidos. Pretendió entonces dar de mamar á su hija; pero estaban tan rígidos sus miembros, que no pudo ni aun estender el brazo. La niña habia muerto, porque á fuerza de llorar se la rompieron los vasos, y la ahogó la sangre que salió de ellos. En este estado de abatimiento y de dolor hicieron á la madre las ofertas mas lisongeras en nombre del presidente del suplicio; pero ella contestó con una sonrisa de desprecio. Enfurecido aquel ministro, la amenazó diciendo que la pondria en un sitio de prostitucion, y la abandonaria á la insolencia de sus criados: á lo que respondió con mayores muestras de desprecio. Desesperanzado el tirano de vencerla de una vez por medio de una crueldad estremada, quiso rendirla poco á poco, dilatándola los tormentos. La pusieron una argolla al cuello, la llevaron á un establo, y la ataron entre los animales con una cadena muy gruesa. Permaneció allí hasta la noche, alabando á Dios continuamente, despues de lo cual la llevaron á una cocina, donde estuvo seis meses atada á un poste, siendo el juguete

de los criados mas despreciables. Permaneciendo siempre con igual firmeza despues de tantas pruebas, la trasladaron á Nangazaqui, donde consumó su martirio en compañía de su esposo y de otros muchos fieles de ambos sexos. Como todos ellos mostraban la misma constancia, y cuanto se ejecutaba para vencerlos cedia en confusion y oprobio de sus verdugos, aceleraron estos su muerte, degollando á las mugeres y quemando á los hombres.

En Midrusava desnudaron enteramente á sesenta confesores dirigidos por el P. Caryalho, jesuita, y en lo mas cruel del invierno los llevaron á la orilla del rio, donde habian abierto unos hoyos con dos pies de agua cada uno. Hicieron que se sentasen en ellos, y viéndolos ateridos de frio, les prometian sacarlos de allí si renunciaban á Jesucristo, amenazándolos por el contrario con que, si perseveraban, sufririan el suplicio del fuego despues de los rigores del frio. Hombres y mugeres gritaron todos á una voz, que el mayor gusto que podian darles era aumentar el precio de su corona con todo género de tormentos. Tres horas los tuvieron en aquellas aguas heladas, despues de lo cual los sacaron tan penetrados del frio, que cayeron todos sobre la arena, y dos de ellos murieron al instante. Pasados algunos dias los pusieron de nuevo dentro del agua el 22 de febrero, teniéndolos de pie al principio, y luego sentados, y los dejaron allí desde el medio dia hasta la noche. Entonces espiraron todos en muy poco tiempo, á escepcion del misionero que vivió hasta la media noche, sin embargo de que era de complexion muy delicada. Le reservó el Señor para que sostuviese la constancia de sus hijos en Jesucristo, y le otorgó el consuelo de ver que todos ellos consiguieron la corona, sin que hubiese ni uno solo que diese la menor señal de flaqueza. El príncipe de Ximabara sorprendió á otros cincuenta cristianos, y mandó que los paseasen por toda la ciudad en un estado tan

contrario al pudor, que solo podia haberle sugerido el mismo infierno. Dispuso despues que los llevasen arrastrando al lugar del suplicio, á cuya aproximacion se mostraron sumamente alegres. Habia entre ellos seis hombres y una muger que mostraban mas deseos de padecer que todos los otros; y el tirano los trató con una barbarie que no tenia ejemplar. Mandó abrir siete hoyos, donde se pusieron las cruces en que fueron atados los mártires. Hecho esto, metieronles la cabeza en unas tablas agujereadas, y luego con cañas cortantes les serraron las carnes en varias partes, y no contentos con tan atroz inhumanidad, arrojábanles sal en las heridas de cuando en cuando. Este horrible suplicio duró cinco dias seguidos. Era preciso que se reemplazasen los verdugos y asi lo hacian; y habia médicos que, con un abuso abominable del arte destinado á la conservacion de los hombres, daban cordiales á los mártires para prolongar sus tormentos.

En las cercanías de Nangazaqui hay una montaña espantosa, llamada el monte Ugen, cuya cima, que es altísima, se divide en tres picachos, separados entre sí, y los intervalos son unos abismos de donde salen torrentes de llamas, de agua y de tierras inflamadas, con unas exhalaciones tan pestíferas que las gentes del país juzgan que aquel parage es una de las bocas del infierno. Todos los animales huyen de allí despavoridos, y las aves que vuelan por encima, perecen sin remedio, aunque se remontan mucho. Bungondono, príncipe de Ximabara, fué el primero que ideó precipitar á los cristianos en aquellas simas horrendas; pero considerando que morirían muy en breve si los arrojasen de repente, ordenó que los fuesen sumergiendo con mucha lentitud, y luego los sacaban para ver si apostataban de la fé. Se reiteraba esta maniobra hasta que se vencía su constancia, ó se perdía la esperanza de triunfar de ellos. Este suplicio, que era el que mas agradaba al tirano, acabó con un número prodigioso de fieles. Algunas veces se

contentaban con ponerlos desnudos á la orilla de aquellas bocas infernales, y rociándolos con el agua que arrojaban, se les llenaba todo el cuerpo de pústulas. No dejaban por eso de vivir diez, doce y quince dias; pero cuando el cuerpo del mártir no era ya mas que una llaga, le abandonaban como un cadaver tirado al muladar. Hubo entonces muchos apóstatas entre unas gentes que no habian cedido á otros infinitos tormentos; y tan terribles eran éstos, pero hizo aún mas impresion el horror de la infamia.

En efecto, lo que causó mas caidas fué la malicia infernal que acometió á las mugeres por el lado del pudor, y á los maridos por la prostitucion de sus mugeres. Como la delicadeza de los japoneses en este punto es casi increíble, cayeron por desgracia muchos de los que habian resistido á todas las demás pruebas. No obstante, el número de los confesores invencibles fué mucho mayor que el de los inconstantes; y aun algunos de los que cayeron, se levantaron despues con mas gloria. Juan Naisen y Mónica, su muger, habian sido presos con otros muchos fieles. Naisen, que era hombre muy principal, estaba dotado de mil prendas apreciables, y por lo mismo tenia una infinidad de amigos. Era mucho el empeño de ponerle en salvo, y no se omitió diligencia alguna para pervertirle; pero era tan ádicto á la fé, que habia firmado con su sangre que sufriria mil muertes antes que abandonarla; y con efecto, ya habia sacrificado á su fé el favor de su príncipe. Así, todas las promesas y amenazas fueron inútiles; hasta que habiendo llevado á su muger á donde él estaba, dijeron que iban á entregarla á dos mozos corrompidos. Trastornándose entonces todas sus ideas: «pérfidos (esclamó), no ultrajéis á mi esposa, y haré todo lo que de mí exijais.» Al momento fueron puestas los dos en libertad; pero se apoderó de él una pesadumbre mortal, y se agravó de tal modo su dolor con tener siempre á la vista á su muger, la cual se habia conservado siempre

firme, que no pudiendo ya soportarle, fué á retractarse ante el gobernador. Prendieronle de nuevo, como también á su magnánima esposa, y ámbos á dos consumaron dichosamente su martirio. Mónica fué degollada; y Naisen abrasado vivo.

Era demasiado violento este desenfreno del infierno, para que no hiciese Dios algun ejemplar, capaz por lo menos de imprimir un terror pasajero. El príncipe Ximabara particularmente merecia un castigo terrible; pues cuando los demás tiranos solo disminuian el número de fieles en la iglesia del Japón dándola mártires, las invenciones diabólicas de Bungondono hicieron muchos apóstatas durante su vida, y continuadas despues de su muerte, produjeron por último el total aniquilamiento de aquella cristiandad incomparable. Al salir de una conferencia, en que habia tratado con los príncipes de Ximo sobre los medios mas propios para acabar con el cristianismo en aquellos Estados, le acometió, como en otro tiempo al impío Antioco, una fiebre abrasadora que le consumia las entrañas, y se convirtió muy pronto en una especie de rabia. Espantosas eran las convulsiones que le agitaban, la espuma que arrojaba por la boca, los gritos y alaridos que daba, y las instancias que hacia para que apartasen de su vista á un cristiano, que estaba armado (decia él) con una hoz, y le amenazaba de continuo con ella. Publicó en su capital que los que tuviesen remedios eficaces contra la calentura, se los presentasen; y habiéndole llevado mas de veinte, los mezcló todos, y los tomó frenético. Apenas entró en su cuerpo aquella mezcla monstruosa, cayerónsele todos los dientes, y se sintió abrasado de un fuego tan violento, que parecia le estaba hirviendo la sangre en las venas, y la médula en los huesos. Lleváronle á las aguas de Obama, que están á la falda del monte Ugen, y eran el común recurso en las enfermedades desesperadas. Allí aguardaba á su victima la divina justicia para convertir contra el tirano los instrumentos de

su tiranía. Aunque no llega á estar hirviendo el venero que forma el baño de Obama, no se puede entrar en el agua, si no se templa antes. Bungondono, para quien el baño estaba frio en comparacion del fuego interior que le devoraba, se negó á que le echasen agua fria; pero apenas entró en él, se le puso todo el cuerpo como carne cocida, y se le caia á pedazos. Principiaron las convulsiones y alaridos con mas furia que antes, y espiró poco despues horrorizando á todos los que presenciaron su muerte.

Signióle muy pronto al sepulcro Xogun-Sama, y entonces reinó con el nombre soberbio de To-Xogun-Sama, que quiere decir, soberano de los soberanos, el monstruo de orgullo, de impureza y de crueldad, que aniquiló el cristianismo de todo el Japon, ó á lo menos dejó poco que hacer á sus sucesores para acabar con aquella iglesia. Reinó desde el año 1630 hasta el de 1650, y en estos veinte años fueron muertos mas cristianos que desde el principio de las persecuciones. La historia de tantas atrocidades no podria menos de desconsolar al lector; y para dar una idea general de ellas puede decirse que todo lo que se ha visto hasta ahora, así en cuanto al número como en cuanto á la barbarie de los suplicios, no es mas que un ligero bosquejo de lo que sufrieron entonces los fieles de Jesucristo.

Conservó el nuevo tirano el castigo, que hemos dicho, del monte Ugen, á lo que añadió la tortura del agua y el tormento del hoyo. Aquella horrible tortura se daba de dos modos, y muchas veces empleábanse los dos en un mismo sugeto. Principiaban por levantarle á una altura considerable con una cuerda retorcida, separadas las piernas una de otra, y despues le dejaban caer de cabeza en una cuba llena de agua: lo que se repetia muchas veces de seguida. Estas caidas precipitadas ahogaban la respiracion, y se vomitaba con unos dolores vehementísimos toda el agua que se habia tragado. Apretaban despues y comprimian el cuerpo del confesor

con unas fajas, le metían un embudo en la boca, y le echaban agua sin dejarle un momento para respirar. Cuando estaba lleno é hinchado, le ponían una tabla encima del vientre, y á fuerza de andar sobre ella, hacían que arroja-se, mezclada en sangre, toda el agua que había tragado.

Para el tormento del hoyo ataban de los pies al mártir en una viga atravesada, despues de atarle las manos á la espalda y de comprimirle el cuerpo con fajas para que no se ahogase de repente. Metíanle despues de cabeza en un hoyo lleno de las inmundicias mas asquerosas, y para que no se evaporase aquel olor pestífero, aplicaban alrededor de la cintura unas tablas sesgadas que estorbaban toda traspiracion. Pero no se necesitaba de una invencion tan perversa para hacer que este tormento fuese el mas insufrible de todos. Se padecía en él una sofocacion continua, una tirantez de nervios y unas convulsiones acompañadas de dolores inexplicables, y salía tanta cantidad de sangre por todos los conductos de la cabeza, que á no recurrir á la sangría habrían muerto los mártires en muy pocos instantes; pero mediante este alivio detestable vivían nueve ó diez dias. Entretanto se les dejaba una mano libre, y tenían al lado un cordelito que iba á parar á una campanilla, para que pudiesen avisar si renunciaban el cristianismo. Con estas maniobras infernales consiguieron, aunque despues de muchos años, arruinar para siempre la Iglesia del Japon.

Todos los misioneros fueron siendo sucesivamente victimas de estas atroces crueldades. Lograron la corona del martirio mas de ciento y cincuenta jesuitas, y otros tantos á proporcion entre los religiosos de San Agustin, Santo Domingo y San Francisco, los cuales no eran tan numerosos en el Japon. El comun de los fieles, que ascendían á dos millones, mostraron una constancia semejante á la de sus maestros; pero una vez exterminados los pastores y las ovejas de la primera generacion, se disper-

só lo demas del rebaño, y no tardó en hacerse general la apostasia. Había abolido el gobierno hasta los menores vestigios del cristianismo: se obligaba á todos los japones á llevar á la vista alguna señal idolátrica, en testimonio de la religion que profesaba: los que eran hijos de padres cristianos, y aunque fuesen idolátras, viéronse obligados á abandonar su pais y á refugiarse en el extranjero. Cerróse la entrada en el Japon á todos los europeos, excepto á los holandeses, á quienes se impuso la obligacion de no manifestar ninguna señal de cristianos; policia bárbara, pero observada con tanta crueldad, que unos embajadores que habían ido de Macao en nombre del rey católico, fueron presos contra el derecho de gentes, y se les despojó de la vida, con sesenta personas de su comitiva, porque no renunciaron á Jesucristo. Despues de haberlos muerto, se puso en el sitio del suplicio una columna con esta inscripcion: «Mientras el sol ilumine al mundo, ningun extranjero se entrará en el Japon, aunque sea en calidad de embajador, sino aquellos á quienes las leyes permitan el comercio».

Pero, aun estos comerciantes solo pueden arribar al puerto de Nangazaqui, desde donde luego que se descubre un navio, los registra en alta mar un buque bien armado, y le visita con gran rigor. La menor señal de cristianismo es bastante para que se le cierre el puerto, y queda confiscado si se encuentra en él algun sacerdote. Despues que entra el navio se reconoce otra vez, y desde luego se pone en la cubierta una lámina de cobre en la que está grabada la imagen de Jesucristo, y se obliga á toda la tribulacion á que la pise. No se sabe de cierto que á los protestantes se los obligue á poner los pies sobre el Crucifijo; pero es poco probable que se los eximiese de esta ley, á lo menos al principio, ni que tengan mucho empeño en eximirse de una disposicion que se dió por consejo de ellos. Como hereges iconoclastas se reirán de la delicadeza de los ca-

tólicos; pero el iconoclasta se distingue por ventura aqui del apóstata? y el desprecio con que mira la cruz en semejantes circunstancias, es otra cosa que una vil abjuracion de todo el cristianismo?

Desde el establecimiento de esta práctica abominable, están los infelices japones abismados en una ceguedad de que humanamente no es posible sacarlos. Pero esta tierra cultivada con tanto ahinco, tan fecunda en virtudes eminentes, regada con el sudor de tantos apóstoles y con la sangre de tantos mártires, ¿habrá sido castigada con un anatema eterno? La sangre de los mártires que en todas las demas iglesias fue la semilla mas fecunda del cristianismo, ¿no habrá producido en el Japon sino su ruina sin recurso? Habiendo dado á la Jerusalem celestial en menos de cien años aquella cristiandad tan brillante desde su origen mas eiudadanos que la mayor parte de las demas iglesias en una larga serie de siglos, ¿debemos imaginar que se completó desde entonces el número de sus escogidos, que ya tiene Dios designado para ella como para todas las demas? No permita Dios que pongamos limites á sus misericordias, ó que intentemos sondear los caminos de su justicia. ¡Oh profundidad de los consejos y juicios del Altísimo (esclamaremos, al ver que la nacion mas á propósito al parecer para el reino de Dios, queda escluida de él para siempre, si hemos de juzgar por sus disposiciones actuales)! El Japon, que considerado el ardor de su fé naciente, parecia estar destinado para llenar, á lo menos en parte, el hueco que dejaba en la Iglesia la desercion de tantas naciones europeas, cayó otra vez en unas tinieblas mas difíciles de desvanecer que en ningun tiempo, y aquella de estas naciones en que mas se lisonjeaba la heregia de consumir su triunfo, volvió, contra todas las apariencias, á la fé de sus padres su legitimo ascendiente sobre el error.

Desde que los hugonotes habían enarbolado en Francia el estandarte de la rebelion, su po-

der esta blecido y consolidado en los débiles reinos de los tres hijos de Catalina de Médicis, y respetado despues, aunque por fuerza, por Enrique el Grande, disfrutaba aun de casi todas sus usurpaciones, cuando ocupó el ministerio Armando Du-Plessis Richelieu, obispo de Luçon. Continuábase viendo en el seno de la monarquía una especie de república, que no solo tenía su religion particular y muy opuesta á la del monarca, sino tambien sus gefes políticos y militares, sus contribuciones y su tesoro, sus consejos, sus asambleas, sus plazas de armas y sus guarniciones que no dependían del rey, al cual solo estaban sujetos en la apariencia, y tenían dividida la Francia en ocho círculos ó cantones republicanos, á cuyo gobierno tenían destinados igual número de señores de su secta. Luego que vieron que Luis XIII se preparaba á reducirlos á una verdadera sumision, distribuyeron sus gefes por todas las provincias del reino, á fin de oponerse en todas partes. El duque de Bouillon, distinguido por sus grandes servicios, y no menos buscado por su principado y su fortaleza de Sedan, se consideraba entonces como la principal persona del partido. No obstante, le obligó á permanecer pacífico la triste experiencia de lo pasado. Cargó, pues, el duque de Rohan, que era uno de los primeros hombres de su siglo, con todo el peso de esta guerra, que sostuvo con la triste gloria que puede resultar á un vasallo cuando toma las armas contra su soberano. Vemos sin embargo por sus Memorias que no fué Rohan el único árbitro de las resoluciones, y que los clamores de los ministros tan osadas en el consejo como cobardes en los lances peligrosos, le obligaron á pedir con las armas lo que pensaba lograr y habria obtenido probablemente con las súplicas.

Se encargó de hacer por sí mismo varias tentativas contra algunas plazas de Languedoc y del Delfinado; pero fueron descubiertos y trastornados sus proyectos. El mariscal de Themines, que mandaba las tropas del rey en

